

# *El proyecto ideológico de Crisis\**

José Luis de Diego

Universidad Nacional de La Plata

*Crisis* dio a conocer su primer número en mayo de 1973 y continuó saliendo, con frecuencia mensual, hasta el No. 40, de agosto de 1976.<sup>1</sup> Fue su director ejecutivo Federico Vogelius y su director editorial Eduardo Galeano; por la secretaría de redacción pasaron, sucesivamente, Julia Constenla (hasta el No. 11), Juan Gelman (ya en el No. 26 aparece como corresponsal en Italia), Aníbal Ford y Vicente Zito Lema. En los últimos números (del 37 al 40), Zito Lema ocupa el lugar de director editorial y Galeano figura como director asesor. En la portada se lee con tipos pequeños *Ideas letras artes en la*, y con tipos que ocupan toda la parte superior, *Crisis*; durante toda la primera etapa, se mantuvo el formato de la portada, cubierta por una sucesión de títulos que refieren los contenidos del número, sólo diferenciados entre sí por el color de las letras. Las pocas secciones fijas (“Carnet”, “Itinerario”, “Datos para una ficha”) resultan fácilmente identificables, pero tienen un carácter secundario respecto de las notas centrales. De éstas, se destacan la que abre cada número, generalmente un informe o nota de investigación, y la que ocupa el centro del número, dedicada a un escritor (suele incluir el título, que reproduce una cita textual del reportaje, la entrevista, una ilustración de Hermenegildo Sábat, algún texto del entrevistado y una ficha bio-bibliográfica). La repercusión de *Crisis* en el mercado fue notable y queda puesta de manifiesto en el No. 5; en la última página se aclara que del número anterior se había llegado a una tirada de 20.000 ejemplares, que para el No. 12 ya serán 25.000, de acuerdo con lo informado en una escueta nota editorial. Según John King, “fue sin duda la revista más importante de la época y [...] es quizás la mejor revista de su tipo que se haya publicado en América Latina”.<sup>2</sup> No consideraremos, en este trabajo, los aspectos específicamente literarios de la publicación.

\* Este trabajo –con ligeras modificaciones– reproduce un fragmento del capítulo II de la tesis doctoral *Campo intelectual y campo literario en Argentina (1970-1986)*, presentada y aprobada en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

<sup>1</sup> Consideramos, por el momento, la primera etapa de *Crisis*. La segunda se inicia, después de la dictadura, con el No. 41, de abril de 1986.

<sup>2</sup> John King, “Las revistas culturales de la dictadura a la democracia: el caso de ‘Punto de Vista’”, en Karl Kohut y Andrea Pagni (eds.), *Literatura argentina hoy: de la dictadura a la democracia*, Frankfurt, Vervuert Verlag, 1989, p. 89.

## 1. El peronismo revolucionario y la “cuestión política”

En el No. 1 de *Crisis*, en las páginas 36 a 41, bajo el título “documentos”, se publica un poema inédito de Lenin escrito en 1907 y no recogido en sus obras completas. En las páginas 43 a 47, encontramos la transcripción de un extenso diálogo que sostuvieron Fernando Solanas y Octavio Getino con el general Perón en 1971; el diálogo aparece introducido por el siguiente texto:

Las notas sobre actualización política y doctrinaria son las indicaciones básicas que el general Perón transmite a las bases y a los diversos encuadramientos del movimiento, a los efectos de profundizar la actual etapa de la revolución justicialista: hacia la toma del poder. Estos mensajes han sido realizados con la finalidad de ayudar a la formación política de cuadros y militantes, para esa toma del poder.

Entre una y otra nota, entre Lenin y Perón, en la página 42, en la sección “resurrecciones”, se transcriben sendos textos de José Hernández y Carlos Marx. El primero, un breve fragmento sobre el monopolio de Buenos Aires, se cierra: “En vez del coloniaje extranjero y monárquico, tuvimos desde 1810 el coloniaje doméstico y republicano”. En el No. 2, bajo el título “documentos”, aparece una carta de Juan Manuel de Rosas en el destierro, y se lo presenta como “un auténtico forjador de la unidad nacional y defensor insobornable de la independencia argentina” (pp. 48-49); y a continuación, en la sección “testimonios”, una carta de Mao Tse-Tung (pp. 50-51).

Como vemos, todo un programa: Lenin y Perón, Hernández y Marx, Rosas y Mao. Éste es indudablemente el proyecto ideológico de *Crisis* en sus primeros números: incorporarse con firmeza al debate entre peronismo e izquierda procurando la síntesis de ambas tradiciones. Lo que llama la atención es que no se encuentran ensayos de opinión que pongan en debate esa simbiosis, sino documentos, testimonios y resurrecciones, en una estrategia que se repetirá a lo largo de la historia de la revista. En este sentido, *Crisis* es una suerte de reverso negativo de lo que para entonces representaba una publicación como *Nuevos Aires*;<sup>3</sup> en ésta todo se discute, en aquélla todo parece darse por sentado. Entre la contundencia de la nota de investigación (sobre los medios de comunicación en América Latina, sobre el petróleo, la agricultura en la Cuenca del Plata o el nacimiento de la industria en la Argentina) y la eficacia del testimonio oral (el escritor que contesta en una entrevista, el actor o el dramaturgo que relata su experiencia o los informes contruidos sobre la base del reportaje a los implicados –inmigrantes, presos, prostitutas, indígenas-), la discusión política y cultural queda sepultada. La revista parece demostrar una profunda desconfianza hacia esas discusiones –patrimonio de intelectuales de izquierda que suelen enredarse en debates inconducentes-, y una ilimitada fe en la espontaneidad de la palabra oral. Más que –o, al menos, *tanto como*– en la explicitación de ciertas ideas que surgen en las entrevistas o en los documentos recuperados del olvido, es precisamente en estos *modos* de comunicar donde pueden leerse las estrategias de *Crisis* para situarse en el debate político y cultural de la década de 1970.

<sup>3</sup> De *Nuevos Aires* aparecieron once números, desde el No. 1, de junio-julio-agosto de 1970, al No. 11, de agosto-septiembre-octubre de 1973. De frecuencia trimestral, fue dirigida por Vicente Battista, Gerardo Mario Goloboff y Edgardo Trilnick. Luego del fallecimiento de este último, a partir del No. 3 la dirigen Battista y Goloboff.

Dijimos que el cruce de las tradiciones de la izquierda y del nacionalismo modelaban el proyecto ideológico de los primeros números; rápidamente este cruce fue desapareciendo. Refiriéndose a la revista, María Sonderéguer afirma que “revolución y revisión será la doble impronta de su programa estético-ideológico”;<sup>4</sup> sobre todo a partir del No. 5 –que incluye reportajes a Arturo Jauretche y a John William Cooke– el orden se invertirá y la idea de revisión irá desplazando al proyecto revolucionario. Dicho de otro modo, la revisión se revela como imprescindible para dotar de diferentes contenidos al proyecto revolucionario: éste deberá nutrirse de un verdadero mandato histórico, y a medida que la revisión se produce se desvanece la presencia de los clásicos de la izquierda y se fortalece la operación de resurrección de los hombres del nacionalismo argentino.<sup>5</sup> La adjetivación define el proyecto: revolución, entonces, pero revolución “con contenido nacional”; socialismo, pero “socialismo nacional”; izquierda, pero “izquierda peronista”. ¿Cómo reconstruye la revista ese mandato histórico?

En primer lugar, resulta obvio decir que si la revista fortalece y difunde este proyecto, no lo inventa; en todo caso, el proceso de “resurrección” se focaliza en aquellos autores que, especialmente entre las décadas de 1950 y 1960, lo fueron delineando. Así, van pasando por sus páginas Perón (No. 1, 3 y 16), Jauretche (No. 5, 15 y 26), Cooke (No. 5, 9 y 23), Scalabrini Ortiz (No. 6), Lugones (No. 14), Hernández Arregui (No. 19), Manuel Ugarte (No. 23), Fermín Chávez (No. 25), el Padre Castellani (No. 37), Ernesto Palacio (No. 38); y publican frecuentemente en la revista críticos e historiadores que han fijado su interés en recuperar esa tradición, como Eduardo Romano, Jorge Rivera, Aníbal Ford, Ernesto Goldar, Norberto Galasso y el propio Fermín Chávez. Los tópicos que esta tradición ha ido construyendo han sido largamente reseñados, comentados y discutidos. La lectura e interpretación de nuestra historia es una vasta operación fraguada por la historiografía liberal, con la que se asocian fundamentalmente las figuras de Sarmiento y Mitre. El proceso civilizatorio que postula Sarmiento a partir de su célebre antinomia sólo pudo llevarse a cabo después de Caseros al precio del exterminio de los caudillos del interior y de toda forma de cultura popular. Así, se constituyó una nueva colonia, ahora dependiente del imperialismo inglés, hegemonizada por una clase –la oligarquía terrateniente–, por una ciudad –Buenos Aires–, y por una cultura –la europea–. El proyecto civilizatorio es, por lo tanto, anti-nacional y elitista, y no sólo es necesario desenmascarar, mediante una lectura a contrapelo, esa tradición liberal, sino que es menester revelar otra versión de la historia, la sepultada, la verdadera. Este objetivo, que lleva a cabo la historiografía revisionista, se construye mediante una verdadera inversión de la historia liberal, y allí donde se leían derrotas, se festejan triunfos; allí donde se ensalzaban héroes, se descubren traidores; allí donde el país avanzaba, en verdad retrocedía. Como dice Sonderéguer:

Anudada a la pugna política, la revisión histórica construye un santoral opositor que enfrenta al santoral “oficial”. Juan Manuel de Rosas, los caudillos federales –Facundo Quiroga, Felipe Varela, Bustos, Chacho Peñaloza, José Gervasio de Artigas–, Raúl Scalabrini Ortiz, Ma-

<sup>4</sup> María Sonderéguer, “Avatares del nacionalismo”, en Jitrik, Noé (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, tomo 10: Susana Cella (dir.), *La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 1999, p. 458.

<sup>5</sup> Noé Jitrik dará testimonio de este desplazamiento: “Yo me acuerdo que en uno de los primeros números de *Crisis* publiqué una traducción de *El placer del texto*, de Roland Barthes. Esa misma revista, un año después, celebraba las glorias de Manuelita Rosas en artículos de Fermín Chávez, yo no lo podía entender”, “Una encuesta a la literatura argentina. Los años ’70”, en *Tramas*, vol. v, No. IV, Mónica Figueroa (ed.), Córdoba, Narvaja Editor, junio de 1996, vol. II, No. IV, p. 41.

nuel Ugarte, Arturo Jauretche, Homero Manzi, Leopoldo Marechal, John William Cooke son algunos de los nombres que habitan este nuevo Parnaso (p. 462).

Resulta evidente que en este “Parnaso” hay por lo menos dos momentos: uno referido al siglo XIX antes de la organización nacional, y otro a figuras de nuestro siglo que adhirieron al peronismo. De modo que no sólo la tradición nacional se encarna en el peronismo, sino que es a partir del peronismo que esa tradición cobra un sentido fundacional. Correlativamente, también la tradición liberal se proyecta en nuestro siglo y allí se constituye el parnaso negativo: la “década infame”, la revolución “gorila” del '55, los intelectuales nucleados en la revista *Sur*.

Ahora bien, lo dicho en esta apretada síntesis es bien conocido; lo que nos interesa particularmente es analizar el tercer momento de este proceso, es decir, cómo un grupo de intelectuales (seguramente, ellos rechazarían este mote) de la década de 1970 resignifican esta tradición y la adoptan como sustento ideológico en su estrategia revolucionaria. La revista, en su No. 17, dice de un libro de Norberto Galasso sobre la obra de Manuel Ugarte:

[...] la obra analiza la trayectoria de un político y escritor “ignorado, vituperado y boicoteado en la Argentina oligárquica, expurgado de las antologías, condenado por la vieja izquierda por su inclinación nacional y por los grandes patrioterros por sus ideas izquierdistas [...]”.

Y Galasso explicita el objetivo de su trabajo:

El hecho de que actualmente los planteos nacionales estén ligados a una óptica socialista y de que no se pueda hablar de socialismo sin hablar de Revolución Nacional implicaba, de por sí, buscar quizá a uno de los pocos argentinos que a principios de siglo trató de compatibilizar su ideología socialista con el planteo de la Revolución Latinoamericana: es decir, que más allá de una investigación histórica el origen de mi libro no es el pasado sino el futuro (p. 80).

No resulta fácil encontrar en *Crisis* una síntesis tan clara del proyecto de la revista en boca de uno de sus ocasionales colaboradores: la cita es de la última página, en la sección “datos para una ficha”, pero allí está todo condensado. La síntesis de socialismo y nacionalismo tiene dos enemigos, la oligarquía y la “vieja izquierda” (o no tan vieja, si tenemos en cuenta que estaban debatiendo con la “nueva” izquierda). Hablar de socialismo es *necesariamente* hablar de “Revolución Nacional” y, *además*, de “Revolución Latinoamericana” (no parece un dato menor el uso de mayúsculas). Por último, el proyecto no está fijado en el pasado sino en el futuro, lo que equivale a decir que su función no es meramente científica sino, y *primordialmente*, política.

¿Qué es lo que se conserva y qué es lo que se reformula en la revisión que se opera en este tercer momento? Lo que se conserva es el orgullo de reconocerse parte de esa tradición: no hay aquí conciencia culpable.<sup>6</sup> Recordemos el repetido silogismo de la izquierda: la revolución la hará la clase obrera; la clase obrera es peronista; *ergo* la revolución hay que hacerla *desde* el peronismo. No existe en *Crisis* esta teoría del mal menor o de que el fin (la revo-

<sup>6</sup> Salvo contadas excepciones, no hay en *Crisis* testimonios de la “conciencia culpable” que se debatía en *Nuevos Aires* (especialmente, en la polémica reproducida en el No. 6, de diciembre de 1971-enero-febrero de 1972), herencia de aquella “conciencia desgarrada” que Terán analiza en la generación de *Contorno*. Una de las excepciones es el testimonio de Haroldo Conti en “Compartir las luchas del pueblo”, No. 16, pp. 41-48.

lución social) justifica los medios (el peronismo), ya que existen en la tradición peronista valores que rescatar y asumir como propios. Lo que resulta paradójico es que los valores más reivindicados se habían puesto de manifiesto precisamente con la caída del peronismo: son los valores de la mítica resistencia, de la militancia clandestina, del líder en el exilio, de los años duros de la proscripción. No es extraño entonces advertir que la más clara identificación de la revista sea con la figura de John William Cooke, ya que es quien tempranamente realiza la operación teórica consistente en transformar al peronismo en un movimiento de liberación nacional, y asimilarlo a la triunfante Revolución Cubana. En el No. 5 de *Crisis* se reproduce un reportaje a Cooke publicado originalmente en la revista *Che* (No. 22, Buenos Aires, 8 de septiembre de 1961); debajo del título, “El peronismo y la revolución cubana”, se agrega: “Es indudable su vigencia”. Allí, el entrevistado, a sólo dos años del triunfo de la revolución en Cuba, fundamenta la operación que referimos:

Con motivo de la reciente invasión de gusanos al servicio de los yanquis, se vio cómo se desvirtuaba el problema planteándolo maliciosamente: se afirmó que la Revolución es comunista, *como si eso fuese lo que estaba en debate* (p. 56. La cursiva es nuestra).

Si la condición de comunista no es “lo que estaba en debate”, es porque el debate ha cambiado de lugar: el corte *horizontal* que se postulaba desde el marxismo (“la cuestión social”: burguesía/proletariado) se ha encontrado en un punto con el corte *vertical* que se proclamaba desde el nacionalismo (“la cuestión nacional”: nación/imperio), y la operación consiste en ubicar al peronismo en la intersección de ambas “cuestiones”:

El único nacionalismo auténtico es el que busque liberarnos de la servidumbre real: ése es el nacionalismo de la clase obrera y demás sectores populares, y por eso la liberación de la Patria y la revolución social son una misma cosa, de la misma manera que semicolonias y oligarquía son también lo mismo (p. 58).

Cuando dijo [Perón] que la Revolución cubana “tiene nuestro mismo signo”, enunció una fórmula exacta que indica la común raíz antiimperialista y de justicia social. Si Cuba ha elegido formas más radicales, ese es un derecho que ningún antiimperialista le puede negar (p. 59).

Si Perón había enunciado la “fórmula exacta” que permitía identificar la Revolución Cubana con el propio proyecto, Cooke lleva la identificación incluso a los líderes de ambas empresas:

¿Hay algún personaje en la Argentina que logra, como Fidel Castro, que todas las cabezas del privilegio se unan para acusarlo de demagogo, comunista, totalitario, chusma, perjuro, punquista, motonetista, barba azul, asesino, incendiario, anti Cristo y otras lindezas semejantes, y contra el cual piden el cadalso, la bomba atómica o la muerte a manos de los “marines” yanquis? Creo recordar que sí (p. 58).

Dos teorías, además, abonan la identificación: una es la de la “tercera posición”, que unifica en un mismo proyecto a todas las colonias —o “neocolonias”— del mundo contra la agresión imperialista:

Es lo que hacen los terceristas como India, Yugoslavia, Egipto, etc. ... [...] Hay que estar con los argelinos, que son musulmanes, con los kenyanos, que son mau-mau, con los laotinos, que son budistas, y con los cubanos, que son barbudos (p. 59).

Identificados con la tercera posición, o más precisamente con el tercer mundo, los sacerdotes tendrán un lugar reiterado en la revista. El sugestivo título que abre la entrevista al poeta Ernesto Cardenal, “Un marxismo con San Juan de la Cruz” (No. 14, p. 40), fija un programa al que se suman el obispo de La Rioja Enrique Angelelli (No. 13), una entrevista a Hélder Câmara en París (No. 25), y testimonios recogidos en la Villa Comunicaciones a un año del asesinato del Padre Mujica (No. 26).

Otra es la teoría de la “Patria Grande”, que enlaza la tradición peronista con el latinoamericanismo en boga. La nota inicial del No. 16 de la revista, de agosto de 1974, está dedicada a la muerte de Perón y no sólo se titula “Un líder de la Patria Grande”, sino que los primeros testimonios recogidos son de dos ex presidentes latinoamericanos. João Goulart cita palabras del propio Perón: “No hay fronteras –dijo–. Todos somos latinoamericanos. Si uno tiene un problema, el que puede, debe resolverlo’. Y piense que esto era hace más de 25 años” (p. 5).

Es notable cómo la revista procura profundizar todas las formas de identificación posibles mediante series connotativas muy poco elaboradas. Decíamos que en *Nuevos Aires* todo se discute; poco queda de ese bizantinismo argumentativo en *Crisis*: asociación e identificación son sus estrategias, y muchas veces esas estrategias se fuerzan o intentan forzarse aun en contra de lo dicho por los propios protagonistas. En el citado reportaje de Solanas y Getino a Perón, publicado en el No. 1 de la revista, los entrevistadores tratan de llevar al entrevistado hacia la identificación peronismo = socialismo nacional. Sin embargo, Perón comienza definiendo qué es ser peronista: “[...] para mí, como conductor del Movimiento, es todo aquel que cumple la ideología y la doctrina peronista” (p. 44); y, luego de teorizar sobre los socialismos contemporáneos, concluye: “El hombre podrá independizarse, solamente, en una comunidad organizada” (p. 47).<sup>7</sup> A su vez, en el No. 14, se reproduce un “diálogo de los periodistas argentinos con Fidel Castro”, con motivo de la Misión Gelbard y el “fin del cerco”. El periodista intenta una nueva identificación, esta vez entre Perón y Allende:

Periodista: —La ultraizquierda formuló graves críticas al compañero Allende y esa misma tendencia se las está haciendo al Tte. Gral. Juan Domingo Perón. ¿Qué opinión le merecen estas críticas?

Fidel Castro: —Usted me quiere introducir en la política interna de la Argentina y creo que debo evitar hacer este tipo de pronunciamientos (p. 7).

Como se ve, las operaciones de identificación no eran tan sencillas, y a menudo más que un dato de la realidad se revelaban como una estrategia explícita que encontraba numerosos escollos. Por momentos, puede advertirse en el campo cultural, y particularmente en *Crisis*, la misma tensión que se vivía en el campo político: cómo cambiarle el “contenido” al peronismo, cómo apropiarse de Perón mismo. En todo caso, lo que rápidamente se aprende en esos años es que del laberinto de la cuestión social y de la cuestión nacional sólo se sale por arriba, y ese *arriba* es la “cuestión política”. Dice Perón en 1971 (No. 1, p. 46):

<sup>7</sup> La revista reivindica la figura de Perón no sólo de modo expreso; también por omisión. En contraste con las numerosas notas sobre el golpe en Chile —desde el No. 6, de octubre de 1974— prácticamente no hay notas sobre política nacional durante los siete meses de la presidencia de Perón. La única excepción es una pequeña columna en la sección “Carnet” en la que se critica la firma del Decreto 1774/73, un decreto de censura, cuyo texto se asemeja a los que dictarán los militares pocos años después. No obstante, se aclara que fue firmado “cuarenta y ocho horas antes de que el general Perón asumiera el gobierno”, en *Crisis*, No. 11, p. 74.

En este momento, dentro del panorama nacional y frente a la dictadura, hay tres acciones: una es la guerra revolucionaria, otra es una insurrección que parece proliferar en el ejército, con los generales y todas esas cosas, y otra es la línea pacífica de la normalización institucional. Son las tres acciones que se están realizando.

Ni las masas, ni el pueblo peronista, ni los obreros en las fábricas, ni la liberación: no parece para nada azaroso que los hombres de *Crisis* publiquen esto en su primer número, nada menos que en mayo de 1973.

## 2. Intelectual “argentino”, poeta guerrillero, escritor del pueblo

Un escritor no necesariamente es un intelectual, un intelectual no necesariamente es un político, un político no necesariamente es un revolucionario. Si llegó a haber una simbiosis entre el primero y el último de los términos de la serie es porque la década de 1970 se caracterizó precisamente por una supresión casi total de las mediaciones entre el campo literario y el campo político. Cuando Mario Benedetti afirma que es necesario “un asalto al Moncada” en la práctica artística, o cuando Julio Cortázar blande su consigna, “mi ametralladora es la literatura”, están provocando esa simbiosis, que se revestirá de marcas retóricas típicas en la discursividad de aquellos años.<sup>8</sup> Este proceso resulta visible en el proyecto de *Crisis*, y en él confluyen al menos tres “razones” diferentes: a) la que, impulsada por la Revolución Cubana, tiende a privilegiar al hombre de acción sobre el hombre de ideas; b) la que, anclada en el pensamiento nacionalista y populista, identifica a los intelectuales con la cultura de élite, ligada con los intereses de la oligarquía; c) la que, originada en el romanticismo, tiende a depositar en el pueblo cierto saber natural superior al saber rebuscado e inoperante de la cultura letrada: hombre común, sentimientos nobles, saber natural, lenguaje sencillo. Por estas tres vías se llega a la anulación de la mediación intelectual: el escritor no se plantea cómo intervenir en la vida política *en tanto intelectual*, sino cómo convertirse en hombre de acción mediante su integración al “campo popular”. Como vimos, estas tres líneas no son para nada novedosas e incluso los libros tan citados de Oscar Terán y Silvia Sigal –entre otros– han caracterizado con acierto su irrupción en las décadas de 1950 y 1960.<sup>9</sup> Lo que interesa ver es cómo se recupera esta tradición en la década de 1970 y, particularmente, cómo lo hace *Crisis*. Quizás una de las más interesantes referencias que pone de manifiesto, en fuerte contraste, la superioridad del hombre de acción –“heroísmo”, “actitud combativa”– sobre el intelectual –“desesperación”, “desencanto”– sea el fragmento del discurso inaugural de Perón en el Primer Congreso Nacional de Filosofía, realizado en Mendoza en abril de 1949, y citado en la entrevista a Fermín Chávez, publicada en el No. 25:

[...] la *angustia* de Heidegger ha sido llevada al extremo de fundar teoría sobre la *náusea*... [...] del desastre brota el heroísmo, pero brota también la desesperación, cuando se han perdido

<sup>8</sup> Mario Benedetti, “El escritor latinoamericano y la revolución posible”, en *Crisis*, No. 3, Buenos Aires, julio de 1973, pp. 28-35. Julio Cortázar, “Mi ametralladora es la literatura” (entrevista de Alberto Carbone), en *Crisis*, No. 2, Buenos Aires, junio de 1973, pp. 10-15.

<sup>9</sup> Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991. Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

dos cosas: la *finalidad* y la *norma*. Lo que produce la náusea es el desencanto, y lo que puede devolver al hombre la actitud combativa es la fe en su misión, en lo individual, en lo familiar y en lo colectivo (p. 43. La cursiva en el original).

Si tenemos en cuenta las tempranas adhesiones de la “nueva izquierda” al existencialismo sartriano, estas advertencias de Perón, a sólo un par de años de las primeras ediciones en castellano de *El ser y la nada*, *La náusea* y *Los caminos de la libertad*, abrían una brecha que muy difícilmente podría cerrarse. *Crisis* no hace sino ahondar esa brecha en la “teoría” y en la “práctica”. En primer lugar, es necesario detenerse en el muchas veces citado reportaje a Arturo Jauretche, publicado en el No. 5, porque resulta una suerte de condensación del ideario nacionalista:

a) el antiliberalismo:

Cuando se partía de la premisa de que había que desechar todo lo propio, se quería proceder no por elaboración sino por trasplante. Y civilización o barbarie –esta antinomia que ha sido el fundamento de nuestra actitud cultural– es el principio de la estafa (p. 5).

b) la nación como esencia:

Tiene que haber, como que hay, un “nosotros” previo, una fe en nosotros y un claro pensamiento en nosotros como fin. Como destino. No asumirnos como una abstracción, enriquecer y respetar esto que somos. Pero serlo (p. 5).

c) el antiintelectualismo:

[...] no me busque reclamando fueros de intelectual [...] No quiero, no admito ser definido como un intelectual. Sí, en cambio, me basta y estoy cumplido, si alguien cree que soy un hombre con ideas nacionales. Entre intelectual y argentino, voto por lo segundo. Y con todo (p. 5).

d) la igualdad liberalismo e izquierda:

[...] no es explicable que también la izquierda recogiera la herencia de “civilización o barbarie” y, partiendo de este supuesto, opusieran a la ideología liberal otra ideología que asumía, igualmente, la necesidad de “civilizar” [...] (p. 5).

¿Se puede afirmar sin más que estas ideas *fuertes* del nacionalismo argentino son asimiladas por el proyecto ideológico de la revista? La respuesta a esta pregunta la encontramos en el No. 15, ya que, con motivo del fallecimiento de Jauretche, escribe Aníbal Ford, entonces secretario de Redacción, y reseña admirativamente todos los tópicos que caracterizaron el pensamiento del maestro: la defensa de la “universidad de la vida”, la condena a los intelectuales colonizados –la *intelligentzia*–,<sup>10</sup> el “método del estaño”:

<sup>10</sup> Dice Norberto Bobbio, con relación al término: “[...] se remonta, habitualmente, al ruso *intelligenciya* que, pronunciado *intellighenzia*, se ha convertido en una palabra del lenguaje común italiano, recogida por los diccionarios. Con



[...] entendió que la verdadera enseñanza venía de los “no intelectuales”, de “los simples y de los humildes”, de aquellos que por algo no se habían equivocado en los momentos decisivos de nuestra historia. [...] [Fue], por sobre todo esto, uno de los teóricos fuertes de la Patria Grande (p. 71).

Y en el No. 26 se reitera el homenaje “a un año de la muerte de Don Arturo Jauretche”. Ahora, la tarea corresponde a Galasso y Goldar; este último recupera una significativa frase de Jauretche: “Lo nacional está presente exclusivamente cuando está presente el pueblo, y la recíproca: sólo está presente el pueblo cuando está presente lo nacional” (p. 34). Se funda, así, uno de los sintagmas más reiterados en aquellos años: “lo nacional y popular”; sintagma inescindible, ya que, tal como lo afirma Jauretche, la doble implicación entre ambos constituía un axioma. Habrá que esperar diez años para que la labor crítica de la revista *Punto de Vista*, sobre todo a partir de su No. 18, de agosto de 1983, intente trabajosamente abrir el debate para producir una grieta en el sintagma. El contraejemplo más citado al respecto es el de Leopoldo Lugones –también recurre a este ejemplo *Punto de Vista*–; en él, parece agrietarse el remanido sintagma: el prócer del pensamiento nacional que colabora activamente en el derrocamiento de un gobierno popular. La revista dedica un extenso artículo a Lugones (No. 14; “Sí y no de Leopoldo Lugones”, pp. 9-24), preparado por Jorge Rivera: lo que allí resulta notable es la fortaleza del axioma. Lo nacional y lo popular son inescindibles; si la escisión aparece en Lugones es porque se trata de un hombre dramático y contradictorio. Los textos que se reproducen sobre Lugones son “los que testimonian con mayor profundidad no sólo la personalidad sino también el drama básico del autor de *La Guerra Gaucha*: sus encuentros y desencuentros con el país real” (p. 9). Lo realizado por Ford, Galasso y Goldar respecto de Jauretche, y el trabajo de Rivera sobre Lugones, no difieren mucho del tono apologético de Eduardo Romano en “Hernández Arregui, pensador nacional” (No. 19, pp. 25-28); el artículo se abre con una cita de Perón en la que recomienda la lectura de *La formación de la conciencia nacional* y de *Nacionalismo y liberación* como “dos fuentes de inspiración doctrinaria para la juventud de América latina”. Ciertamente, la recomendación se cumplió –al menos, en la Argentina– ya que Hernández Arregui se convirtió en uno de los autores-faro de los jóvenes que adherían al peronismo revolucionario.

Pero decíamos que *Crisis* adhiere a los tópicos del “pensamiento nacional” también en la “práctica”, esto es, en las puestas en escena de las notas, en los acentos especiales que se subrayan, en las imágenes que se privilegian. Los ejemplos abundan; sólo nos referiremos a dos de ellos: la superioridad del hombre de acción sobre el hombre de ideas y la superioridad de los saberes “naturales” sobre los “intelectuales”.

Respecto del primer tópico, se pone de manifiesto en la controversia alrededor de *Libro de Manuel*, planteada en tres números de la revista. La novela de Cortázar es la prueba “empírica” de que la concepción sartreana de obra comprometida había caducado y que el impe-

---

frecuencia se usa precisamente para designar al conjunto de los intelectuales como grupo, estamento o clase social, que tiene su función específica y su específico papel en la sociedad, aunque haya perdido en gran parte su significado originario”, en Norberto Bobbio, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea* (traducción de Carmen Revilla Guzmán), Barcelona, Paidós, 1998, p. 116. En el lenguaje de los nacionalistas argentinos, el término adquiere una fuerte connotación negativa, como sinónimo de intelectuales colonizados y cultura de élite; se lo suele adjetivar –a manera de epíteto– como “*intelligentzia* liberal” o “*intelligentzia* cipaya”.

rativo de acción en la sociedad ya no iba dirigido a la obra sino al escritor. Luego de numerosas notas –recordemos, entre ellas, la de Oscar Collazos<sup>11</sup> en las que se acusaba al autor de *62 modelo para armar* de haber cedido ante las presiones del oficio y haber producido una obra experimental y vanguardista que se colocaba de espaldas a la realidad y las exigencias de su tiempo, Cortázar escribe una novela en 1973 que procura conciliar el compromiso ideológico y la experimentación formal, mediante la presentación en el cuerpo de la novela de recortes periodísticos que le permitían una denuncia directa de flagrantes injusticias en Latinoamérica y en el mundo. En el No. 1 de *Crisis* –hay que ver hasta qué punto ese número 1 es una condensación del recorrido total de la publicación en su primera etapa– se presentan cuatro comentarios sobre *Libro de Manuel*; dos de ellos son del dirigente sindical Raimundo Ongaro y del sacerdote Carlos Mujica. Dice el primero:

Lógicamente que nos parece bien que un intelectual se solidarice con las luchas populares (Cuba, Vietnam o Argentina) pero a cada cosa su lugar: para esas luchas nos importa el que arriesga la vida (p. 17).

Y el R. P. Carlos Mujica:

En cuanto a Julio Cortázar, he dicho que su actitud tiene algún valor, aunque personalmente prefiero más a los que donan la vida por una causa, que a los que ceden sus derechos de autor (p. 17).

Es evidente que en la actitud de solicitar opinión a dos personas dedicadas a la actividad política y muy alejadas de un perfil intelectual, *Crisis* está provocando respuestas que, al ensalzar al hombre de acción, colocan a Cortázar en el lugar de la inoperancia, o quizá peor, en el lugar de la impostura intelectual. La reacción de Cortázar, extrañamente airada, se puede leer en los dos reportajes que le dedica *Crisis*. En el primero (No. 2, pp. 10-15), el entrevistador, Alberto Carbone, rescata la “honestidad” del escritor, pero cuestiona la “eficacia” de la novela. Cortázar reacciona:

Es curioso, vos te estás poniendo en una actitud abiertamente liberal. [...] Me inquieta y me va a doler más todavía la crítica del otro lado, la crítica de la izquierda... [...] Bueno, mirá, realmente me importa un carajo cualquiera de las dos críticas (p. 10).

El reportaje que aparece en el No. 11 es, en verdad, un auto-reportaje con forma de diálogo entre el autor y sus “padres”, Polanco y Calac. Ésta es la irónica respuesta del escritor a una nota sobre la novela, firmada por Alicia Dujovne Ortiz, y el no menos irónico comentario de Polanco:

[...] que conste de paso que no estoy polemizando concretamente con Alicia, sino que a través de ella apunto a la legión de aristarcos más bien baratieri que en vez de marcar sus propios goles se van a la tribuna a tirarles botellas a los jugadores que no hacen lo que ellos mandan.

<sup>11</sup> Oscar Collazos, “La encrucijada del lenguaje”, en *Nuevos Aires*, No. 1, Buenos Aires, junio-julio-agosto de 1970, pp. 22-23.

—A lo mejor tiene razón —dice Polanco [...] —Es bastante insólito que en nuestros pagos un tipo no tenga úlcera ni se precipite al analista porque el Presbítero Mujica, un tal Revol o esa nena lo sacuden contra las cuerdas. O elogios o silencio: ésa es la regla de oro (p. 42).

Decía que la reacción era extrañamente airada, porque Cortázar se caracterizó por el tono cordial que utilizaba en los debates públicos, adornados casi siempre con elogios al interlocutor (por citar sólo los más resonantes, Oscar Collazos, David Viñas, Liliana Heker). Pero aquí habían tocado donde más le dolía: ya no se trataba sólo de que había elegido vivir lejos del escenario de la lucha, sino que su novela era una suerte de producto fallido de su conciencia culposa. No basta entonces ni escribir una obra políticamente comprometida ni mudarse a la Argentina; es necesario pasar a la acción revolucionaria. Como contraste fuerte con su figura, en el No. 5 se transcriben fragmentos de un libro de Oscar Collazos, quien había protagonizado una recordada polémica con el propio Cortázar tres años atrás;<sup>12</sup> ante “el auge de la palabra”, de los “formalismos” y de la “retórica” en las “teorías literarias”, Collazos se pregunta:

¿Qué significa el Marqués de Sade para el obrero, estudiante, o sargento brasileño torturado?  
¿Qué quiere decir “estructuralismo” para el muchacho masacrado en Caracas, encarcelado en Montevideo, fetichizado por la negritud en Port-au-Prince?  
¿Qué es el “monólogo interior” para el condenado a veinte años de prisión, acusado de subversión y complot contra las “instituciones” legales?  
¿Qué querían decir Bataille, Levi-Strauss, *Tel Quel* o la *New York Review of Books* para los quince estudiantes asesinados recientemente en la ciudad de Cali, Colombia? (p. 23).

Del mismo modo que Cortázar, García Márquez debe ocupar gran parte del reportaje central del No. 24 no sólo para justificar las características formales de *El otoño del patriarca* —del que se publica un fragmento como “primicia mundial” en el No. 25— sino sobre todo para dejar en claro su constante actividad en favor de Cuba y en contra del gobierno militar en Chile. A pesar de las presiones que se ejercían entonces desde *Crisis* contra los escritores del *boom* radicados en el extranjero, es evidente que el corte entre unos y otros lo marca la adhesión o no a Cuba. La demostración de lo dicho no requiere demasiado esfuerzo: de los reportajes centrales de los cuarenta números, 23 son a escritores latinoamericanos (excluyo a los argentinos). De Cortázar, como queda dicho, se publican dos entrevistas (No. 2 y 11), y de García Márquez también dos (No. 24 y 32). Por el contrario, llama la atención que en esos cuarenta números no aparezca una sola nota de —o reportaje a— Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, José Donoso, Guillermo Cabrera Infante, Juan Rulfo u Octavio Paz. Y llama la atención teniendo en cuenta que existen reportajes centrales a Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares o Alberto Girri, de quienes no se podrá sospechar afinidad ideológica con la revista. Evidentemente, la célebre “Carta de París” había tenido sus consecuencias.

Pero donde más se evidencia la superioridad de la acción es en las reivindicaciones del escritor combatiente, donde aparece una “exaltación de la muerte” propia de la época, en la

<sup>12</sup> La polémica fue publicada originalmente en el semanario *Marcha* a comienzos de la década de 1970, reproducida luego en *Nuevos Aires*, y recogida en un libro: Oscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970.

que se detendrá Beatriz Sarlo diez años después.<sup>13</sup> En el No. 7, con el título “Los asesinados”, se publican poemas de Leonel Rugama, Roberto Obregón y Otto René Castillo: “Estos tres poetas, poetas guerrilleros, murieron muy jóvenes y de muerte violenta. El nicaragüense Leonel Rugama fue acribillado a tiros cuando tenía veinte años, al cabo de una gran batalla de tres jóvenes contra un batallón de trescientos soldados, en enero de 1970, en Managua [...]” (p. 49). De él, dice Ernesto Cardenal:

Vos Leonel Rugama acribillado y llevado a la morgue  
manchado de tierra y sangre dijo “La Prensa”  
fuiste la luz al final de un túnel (p. 53).

En el No. 31 se publica un homenaje a dos voces al poeta salvadoreño Roque Dalton, asesinado en su país: una breve columna de Eduardo Galeano, “Una risa matadora de la muerte”, y un poema, “A Roque”, de Mario Benedetti. La primera se cierra de esta manera:

No hace falta un minuto de silencio para escuchar su risa clara. Ella suena alta y clara, matadora de la muerte, en las palabras que nos dejó para celebrar la alegría de creer y de darse (p. 11).

El segundo termina:

pero sobre todo llegaste temprano  
demasiado temprano  
a una muerte que no era la tuya  
y que a esta altura no sabrá qué hacer  
con tanta vida (p. 11).

El heroísmo del joven “poeta guerrillero” –tres jóvenes contra trescientos soldados en una “gran batalla”– lo transforma en mártir, porque su muerte no es muerte, porque es una “luz al final de un túnel”, porque su risa es “matadora de la muerte”, porque la muerte es derrotada por “tanta vida”. Este verdadero *elogio del poeta combatiente* no parece ser sólo una efusión lírica ante una muerte dolorosa, su naturaleza se acerca más a la oda que a la elegía. Porque la muerte es, además, un desenlace posible que exige una preparación previa. Así lo manifiesta el poeta Francisco Urondo en el No. 17, como si previera su trágico final:

Porque la vida no es una propiedad privada, sino el producto del esfuerzo de muchos. Así, la muerte es algo que uno no solamente no define, que no sólo no define el enemigo ni el azar, que tampoco puede ponerse en juego por una determinación privada, ya que no se tiene derecho sobre ella: es el pueblo, una vez más, quien determina la suerte de la vida y de la muerte de sus hijos. Y la osadía de morir, de dar y, consecuentemente, ganar esa vida, es un derecho que debe obtenerse inexcusablemente (p. 37).

<sup>13</sup> Beatriz Sarlo, “Una alucinación dispersa en agonía”, en *Punto de Vista*, No. 21, Buenos Aires, agosto de 1984, pp. 1-4. Además, sobre el “embellecimiento del horror”, puede verse Miguel Dalmaroni, “El deseo, el relato, el juicio. Sobre el ‘retorno a los setenta’ en el debate crítico argentino, 1996-1998”, en *Tramas*, vol. v, No. 9, Córdoba, 1998, pp. 35-42.

Respecto del segundo tópico, la superioridad de los saberes “naturales” y el antiintelectualismo, también es posible rastrear en la revista una suerte de *elogio del poeta sencillo, del escritor del pueblo*. Hace un momento decíamos que de los cuarenta reportajes centrales, 23 eran a escritores latinoamericanos no argentinos; de los 16 dedicados a escritores argentinos (algunos, como Fermín Chávez o Enrique Pichón Rivière, no se destacaron como escritores) sólo tres pueden considerarse coetáneos de la generación de quienes dirigen *Crisis*: Haroldo Conti (No. 16), Héctor Tizón (No. 21) y Daniel Moyano (No. 22), tres hombres del interior del país que explicitan cada uno a su modo un necesario aislamiento de los *centros* para mejor compenetrarse con la realidad que vive el pueblo. El aislamiento implica dos cosas: la no contaminación con las formas degradadas de la cultura y el mejor adentrarse en la escuela de la vida, en el contacto con la gente sencilla. Este tópico aparece en numerosas oportunidades y no sólo donde resulta previsible, como en la entrevista a Atahualpa Yupanqui (No. 29). En el No. 4 se publica una “profesión de fe” de Pablo Neruda, que comienza: “Yo no aprendí en los libros ninguna receta para la composición de un poema [...]” (p. 41), y este no aprender en los libros se transformará en un lugar común. Así, se suceden Augusto Roa Bastos:

Yo no tengo ningún título académico, apenas he llegado a cumplir el ciclo de la primaria, de manera que toda mi sabiduría académica es nula. Pero en cambio pienso haberme beneficiado con la sabiduría vital que da el trato con la gente, el trato con el mundo, el trato con la vida (No. 21, p. 51).

Daniel Moyano, de quien se dice en el comienzo del reportaje que está estudiando el bachillerato:

Yo no me voy a poner a hablar, como decía Vallejo, del “yo profundo”. Hablo de “mi tío sonreía en Navidad” si eso es útil o no, yo no lo sé (No. 22, p. 44).

Y García Márquez. De su infancia, afirma: “Tuve que interrumpir mi educación para ir a la escuela” (No. 32. p. 37), y más adelante:

Soy un anti-intelectual puro, y en nada lo soy más que en música, pero un tema que he oído una vez no lo olvidaré jamás. Una vieja experiencia me ha enseñado que de toda la música que se ha compuesto en toda la historia de la humanidad, la más sincera y conmovedora son los boleros sentimentales del Caribe. Los intelectuales lo saben, pero les da vergüenza decirlo por miedo de que los crean incultos (p. 38).

Neruda, Roa Bastos, Moyano, García Márquez: si la izquierda reclamaba la necesidad de la *proletarización* de sus intelectuales y activistas, el imperativo de *Crisis* parece ser la *popularización*, la necesidad de proclamar la integración de los artistas al pueblo y, otra vez, la exigencia es *ad-hominem*: tiene que ver más con las declaraciones y actitudes del escritor –su imagen de escritor– que con su obra, la que no necesariamente debe adscribirse a formulaciones estéticas más o menos populistas (basta pensar en *Yo el Supremo*, de 1974, y en *El otoño del patriarca*, de 1975).

*Crisis* es una revista sin editoriales; salvo muy pocas excepciones,<sup>14</sup> la opinión de los editores hay que rastrearla en los artículos firmados o en las *bajadas* de los títulos, general-

<sup>14</sup> Una de ellas es el breve editorial que encabeza el No. 12, “Al lector”, en el que se celebra el primer año de vida, se anuncia su crecimiento y se informa sobre cambios en la Secretaría de Redacción.

mente recuadradas, en donde se sintetizan algunos aspectos de la nota y se brinda alguna información adicional, tal el caso de los datos sobre los “poetas guerrilleros”, en el No. 7, que acabamos de comentar. Sin embargo, en el No. 18, como introducción a una investigación realizada en la Universidad de Buenos Aires sobre el periódico *Noticias*, se publica una extensa *bajada*, que bien puede leerse como declaración de principios de la revista:

El rol particular que juegan los procesos culturales en la liberación de los países del Tercer Mundo los ha llevado a plantearse los problemas de política cultural desde una perspectiva muy diferente a la de las metrópolis. Estos planteos, de los cuales el peronismo fue precursor en muchos aspectos por el énfasis puesto en la cultura popular, la importancia dada a los medios y al trabajo cultural y su concepción antropológica de la cultura, son parte de un proceso en marcha donde queda mucho por elaborar y revisar. [...] Por esto, el objetivo de *Crisis* no es el de reproducir los esquemas de las revistas literarias tradicionales. Tanto como seguir el proceso literario, interesa analizar los problemas de infraestructura cultural, recoger los testimonios más escondidos y marginados de la cultura popular... [...] sino replantearse los márgenes de acción de la prensa en el marco general de las luchas por la liberación, luchas que incluyen, obviamente, la participación popular en los medios, la reestructuración de las formas de comunicación y de información, y la polémica dentro de los procesos populares (p. 69).

Cultura popular, entonces, pero *cuál* cultura popular:

– ¿la *producida* por el pueblo?: si éste es el criterio, en *Crisis* el concepto “pueblo” puede asimilarse a grupos indígenas olvidados (los onas en el No. 3, las “culturas condenadas” en el No. 4, los mapuches en el No. 40), a sectores sociales marginados (presos en el No. 3, alienados en el No. 11, inmigrantes en los No. 18 y 19), o simplemente a “voces” (*grafittis* en el No. 25, “voces sobre Gardel” en el No. 27, testimonios sobre el “rodrigazo” en los No. 28 y 29).

– ¿la *dirigida* al pueblo?: en este caso, se incluyen los cantantes y músicos populares (las dos notas con el título “Cantar opinando” en el No. 12 –Zitarrosa, Mercedes Sosa, Viglietti, Nacha Guevara– y en el No. 20 –Carlos Puebla, Pablo Milanés, Joan Baez–) y los trabajos de investigación sobre los llamados “géneros menores” (Jaime Rest sobre novela policial en el No. 15, Beatriz Seibel sobre el circo criollo en el No. 18, Jorge Rivera sobre el humor gráfico en los No. 34 y 35).

– ¿la que intenta una *integración* con el pueblo, una experiencia compartida?: las notas más reiteradas de este tipo son referidas a las formas de teatro popular (el teatro en la Revolución Cubana en el No. 6, dos notas sobre los trabajos de Augusto Boal en los No. 14 y 19, las experiencias del Teatro Libre en Tucumán, narradas por Haroldo Conti en los No. 21 y 24).

– ¿la que se propone *defender los intereses* del pueblo (de donde popular sería quien “canta opinando” y no quien procura estupidizar al pueblo cantando tonterías)?

Nada de esto se establece de un modo programático en *Crisis*, y volvemos a lo dicho al comienzo: la revista parece demostrar una profunda desconfianza hacia los debates teóricos y una ilimitada fe en la espontaneidad y la eficacia de la oralidad: *Vox populi vox Dei*.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> En dos entrevistas de años posteriores, Eduardo Galeano insistirá en este aspecto cuando se le requiere una mirada retrospectiva sobre *Crisis*: “En *Crisis* publicamos textos inéditos de Cortázar, García Márquez o Neruda –sus últimos poemas, su última entrevista– pero también difundimos los sueños de los colectiveros, los certeros delirios de los locos, los trabajos y los días de los obreros de los suburbios, los poemas de los presos, los maravillosos disparates de los niños, las coplas perdidas de la gente de tierra adentro, las palabras escritas en los muros de la ciu-

Reiteramos: contra la *intelligentzia* colonizada, el intelectual “argentino”, el “pensador nacional”; contra la comodidad de quienes escriben desde Europa, el riesgo de los “poetas guerrilleros” que se juegan la vida; contra el escritor vanguardista fascinado por la sofisticación de los modelos extranjeros, el escritor integrado al destino de su pueblo. □

---

dad, que son la imprenta de los pobres... No es común que opinen los opinados”, en *El Porteño*, No. 30, Buenos Aires, julio de 1984, p. 64. “Fue una revista que se propuso conversar con la gente y lo logró. Y se propuso recoger las voces de eso que los intelectuales llaman cultura popular, pero que nunca se había concretado hasta que *Crisis* abrió las páginas [...] recogió las voces de los locos del manicomio, los niños de las escuelas, los obreros de las fábricas, los enfermos de los hospitales, los indios perdidos en las selvas, los gauchos... las últimas coplas de los últimos gauchos...”, en *Humor*, No. 167, Buenos Aires, enero de 1986, p. 48.